

La ciudad que no existe

A las 11 de la mañana Nicolás Tabaré ya está sentado en posición de loto sobre el empedrado frío de la calle del Carmen, desliza con maestría la yema de los dedos sobre la superficie metálica de su hang. Su mano izquierda, mientras, marca un ritmo fundido en bronce. El efecto es un sonido antiguo que parece bajar planeando por las laderas del Himalaya, una música armoniosa que pasa desapercibida para los viandantes tan cercanos, tan ausentes.

María la Junco despliega su mesa y silla de playa en una bocacalle de la locura, en verano añade al tinglado una sombrilla desteñida que ata con cordeles al escaparate de una joyería desfasada. Vende lotería al borde del estruendo de la avenida, atrapada en el absurdo cruel de una esclerosis que la consume y la va reduciendo a una muñeca con sonrisa. Y nadie la ve.

Una virgen anónima, envuelta en un manto de azul olvido, lagrimea incesante mientras ofrece su rosario de plástico mate al chulo del vecino club de alterne, el único que le limpia la urna cada noche disoluta, que le presta la justa atención de un instante. Se mantienen las miradas, la una de dolor, el otro de desafío, durante un segundo inmenso. Y con un chasquido de lengua gira los pies y le da la espalda. Todo arrepentimiento.

Las fachadas de salitre y levante, los patios traseros desmoronados, los callejones de la miseria que desembocan en la gran avenida de la existencia, todo se deshace en una arenilla invisible de siglos de decadencia, polvillo flotando a su aire y que acaba calando en la conciencia de transeúntes en los pasos de cebra. Una raya blanca, una negra, semáforo en rojo, y más ciudad acumulada sobre los hombros, sin darse ni cuenta.

Creemos vivir en una sola ciudad. La misma de todos los días, incuestionable, diáfana, que bosteza incrédula al amanecer, que se despliega recelosa y lenta según avanza el día, la que se sienta en el café de media mañana, la ciudad que transcurre con tal automatismo que siempre parece la misma, un día y otro día, invariable, repetitiva. Pero vivimos en dos ciudades. la que pisamos y la que pasamos sin tocar. La que se repite y la que evitamos.

Hace tres meses la vida me dio uno de esos vuelcos inesperados, si es que acaso los hay que se esperan. Uno gordo, de esos que te dejan fuera de juego, confuso y aturdido, listo para empezar la vida como de nuevo. Me operaron de una enfermedad de cierta gravedad y me mudé, coincidiendo en el tiempo. Fue todo tan rápido y fuera de mi control que al abrir los ojos después de tanta anestesia me encontré en otra cama, otra casa, y hasta en una ciudad diferente, mucho más grande. Solo me contemplaba la misma gente.

La primera tarde que me sentí con fuerzas para montarme en un autobús me dediqué, junto con mi hija estudiante de arte en el extranjero, a explorar la parte vieja de la ciudad. Mientras yo comentaba el aluvión de turistas y señalaba las hoteles y tiendas nuevas, ella andaba ajena tomando fotos de escalinatas con escombros y perros abandonados, fachadas a medio derrumbar y olor a orina de gatos, hasta que se paró frente a un solar abandonado, a varios metros de uno de los museos de la ciudad:

– ¿Por qué haces fotos de estos sitios?– le pregunté sorprendido

– Bueno...de estas fotos tomo luego ideas para mis proyectos; materiales inusuales como las maderas podridas, las vigas de hierro vistas y oxidadas. Colores imposibles como el

verde degradado de las contraventanas que cuelgan de la fachada. La misma descomposición de los muros. Son los colores imposibles de la decadencia, y tienen un valor incalculable para un artista— todo esto lo soltó de seguido y con un seguridad pasmosa, sin dejar de guiñar y pulsar el disparador de la cámara.

– Si, pero tienes a tu espalda una calle de casas y palacetes restaurados, todas con los colores originales recuperados, con las cristaleras restauradas, la torreta y los arcos del museo con la piedra limpia, ¿es que eso no te interesa?

– No. Esa es la ciudad evidente. A mí me interesa la otra, la que no existe.

– No lo acabo de entender...

– La ciudad que no queremos ver— y se echó a andar con decisión.

A la vuelta de la esquina estaba esperándonos la calle de sombras en zig zag donde, varios números más arriba, nació. La calle se atraviesa al invierno de este a oeste de esa forma en la que todo se hace en esta ciudad, con descaro. Al recorrerla esa tarde tuve la improbable sensación de que las ciudades nos habitan, nos envuelven, con el paso del tiempo se te pueden llegar a pegar a la piel, como una niebla salina. La ciudad se nos va pegando a la ropa, a la cara, al día a día. Y con los años nos va dejando un regusto a mar cercano, un olor corporal a puerto oxidado, un panorama de muelles adoquinados.

Era mi ciudad, tal y como la recordaba, y que nadie me tenía que describir para poder imaginarla. Era la ciudad que amaba. La ciudad donde abrí los ojos cuando se pasó el efecto de la anestesia.

Al deshacernos de las sombras, por un lado de la catedral, atrapamos el lejano bufido, del buque saliendo al mar.

Al final tiramos fotos de los muelles, las bicis mojadas en sal. La bahía se hizo grande, y la tarde se mezcló con el verde levante.

Es la otra ciudad, la ciudad que no existe. La que no vemos, la que no se deja ver. Que no queremos, ni se dejaría querer.

José María Sánchez Alfonso

22 de abril de 2015

Con todo el cariño para mi asociación, Marbella Activa.